

su amo: «Yo no doy por orgullo ni por fuerza; mas no doy para quince días. Tome este cuarto, hermano ciego, y este jirón de cecina: cómalos a nombre del escudero Sancho Panza, encomendándole a la Virgen.—Ella os lo pague, mi buen señor, respondió el mendigo recibiendo a tientas lo que se le ofrecía: si las oraciones de un pobre pueden con el cielo, allá irán a parar vuestras mercedes.—Miren si discurre bien el esguízaro, dijo Sancho: comed y rezad, hermano, y no hagáis como los que maman y gruñen. ¿En dónde habéis aprendido tan buenas razones?

—«No vale el azor menos  
por nacer en vil nfo,  
ni los decires buenos  
por los decir judío».

respondió D. Quijote. Puede uno ser pobre y ciego, y hablar como D. Santos de Carrión.—Como D. Santos, sea, dijo Sancho: ¿ahora qué dice vuesa merced si en este pradecico, al lado de este bienaventurado, les diésemos nosotros también un tiento a las alforjas?—No dices mal, respondió D. Quijote, ¿pero tendremos agua por aquí?—Y pura y dulce, dijo el ciego: ¿no la oye vuesa merced a cuatro pasos? D. Quijote puso el oído y alcanzó un blando susurro que de entre unos árboles salía.—Es un arroyo, dijo: el licor más saludable del mundo.—Y el más barato, repuso Sancho. Pero no me hubiera resentido con mi señora doña Engracia de Borja, si nos hubiera acomodado con unos dos frascos de Alaejos y dos de Rivadavia. En verdad que uno viene como a convertirse y santificarse con una copa de Valdeiglesias tras un bocadillo astringente como esta longaniza.

...La caridad descuenta las culpas de la codicia: mira, Sancho, el pobre ciego, que está como si no hubiera pasado bocado por él: favorécele con media docena de bizcochos y una lonja de tocino, que no te serán negados el día del finiquito. Lo que das al pobre, no lo echas en el agua: semilla es que produce en abundancia. O más bien en el agua lo echas; pero, según las divinas letras, allá abajo, cuando menos acuerdes, lo volverás a coger. No digas al pobre: ya te dí; el hambre no pasa sino para volver, y en rotación dolorosa va gastando las ruedas de la vida. La limosna es credencial para con el Señor, documento de que El hace mucho caso. Si tienes un pan, da la mitad al pobre; si dos, dale uno entero.—¿Si tengo veinte panes, dijo Sancho, le habré de dar los diez al ciego? ¿Y mis hijos?—Yo sé muy bien que la caridad principia desde casa, respondió D. Quijote; pero sé también que en este axioma hacen pie los avarientos y egoístas para fomentar su tacañería. Tus hijos serán hijos de Judas, si llevan a mal que socorras con un pan al indigente.—¡Sanchica de mi alma!, exclamó Sancho; y levantándose conmovido: Tomad, hermano, dijo al ciego, estotro bocado; y no se os olvide pedir a Dios por los caminantes. Mirad para vuestro perro este osecillo no tan limpio.—Dos días no hemos yantado, respondió el pobre: nada de lo que me proporcione la misericordia divina por mano de vuestras mercedes, será por demás. La muquición es la vida, señor.—¿Eh?, preguntó D. Quijote; ¿la muquición?—Así llamamos los pobres al pan de Dios, respondió el ciego.—Así lo llaman los ladrones, dijo Sancho; y al comer lo llaman muquir. ¿Sois de la pega, hermano?—Como hay Dios que soy hombre de bien; ¿ni cómo he de robar con estos ojos anohecidos?—¿Y qué diablos hacéis por aquí?, preguntó D. Quijote. Estos parajes no son ricos en caridad: para vivir y para morir, el hombre necesita de sus semejantes, y más uno como vos. El camino real, un puente, la puerta de un mesón os convendrían primero que estas soledades.—Venga a las ancas de mi rucio, hermano, dijo Sancho;

yo le dejaré en sitio tal, que sobre el pan le caigan algunos cuartos, si no son reales.

JUAN MONTALVO.

(Capítulos que se le olvidaron a Cervantes).

### 36.—At home

Bella es la vida que a la sombra pasa del heredado hogar; el hombre fuerte contra el áspero embate de la suerte puede allí abroquelarse en su virtud. Si es duro el tiempo y la fortuna escasa, si el aéreo castillo viene abajo, queda la noble lucha del trabajo, la esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda vuestra madre también ¡fiel compañera! y levantad a Dios con fe sincera vuestra ferviente, cándida oración. El es quien nos reúne y nos escuda, quien puso en vuestros labios la sonrisa, da su aroma a la flor, vuela a la brisa, luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio ansío rodarme de cariños; la serena inocencia de los niños de la herida mortal calma el dolor. Es para el porvenir dulce presagio que al hombre con el mundo reconcilia, el ver crecer en torno la familia bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana, aspiren a las pompas de la tierra; su nombre ilustre en la sangrienta guerra lleno de encono el bárbaro adalid. Nuestra misión es, hijos, más cristiana: amar la caridad, amar la ciencia; puras las manos, pura la conciencia, dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre el sendero del bien; nada amedrente al varón justo, al ánimo valiente que fecundiza el suelo en que nació. La libertad amemos por costumbre, por convicción y por deber. En ella el despotismo estúpido se estrella: de la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez a sus padres denodados! Entre ellos se encontraba vuestro abuelo; hoy descansa su espíritu en el cielo, noble atleta vencido por la edad. Venid en sus recuerdos impregnados, y llena el alma de filial ternura, su venerada, humilde sepultura, con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día emprenda yo mi viaje sin retorno, erigidme una cruz, y de ella en torno, sin una mancha en la tranquila sien, llenos de amor, de paz, que es la armonía, podáis decir de vuestro padre amado: latió en su pecho un corazón honrado: no fué un prócer, fué más, hombre de bien.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

(Poemas Completas).